



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

¿Qué Familia
Necesitamos?
Diálogo entre sujetos
y sistemas íntimos

Genoveva Echeverría G.
Claudia Liberona S.

RESUMEN

EN EL TEXTO SE MIRA A 'LA FAMILIA' DESDE UNA ÓPTICA DE LA CULTURA EN QUE ESTAMOS INSERTOS, PROBLEMATIZÁNDOLA DESDE NUESTROS PARTICULARES RASGOS POSMODERNOS; ASUMIENDO LA EXISTENCIA DE UNA SUBJETIVIDAD SOCIAL VULNERADA. SE INTENTAN PREGUNTAS EN TORNO A LOS DESAFÍOS EXISTENTES PARA LOS SUJETOS (EN PARTICULAR DESDE LOS JÓVENES) Y PARA LOS VÍNCULOS AFECTIVOS FAMILIARES POSIBLES DE CONSTRUIR EN ESTE CONTEXTO SOCIAL.

PALABRAS CLAVES: CULTURA, POSMODERNA, INDIVIDUALIZACIÓN, JÓVENES, MODELOS DE FAMILIA

ABSTRACT

IN THE TEXT, 'THE FAMILY' IS LOOKED FROM THE POINT OF VIEW OF THE CULTURE IN WHICH WE ARE INSERT, PROBLEMATIZING IT FROM OUR PARTICULAR POSTMODERN FEATURES; ASSUMING THE EXISTENCE OF A WOUNDED SOCIAL SUBJECTIVITY. HERE ARE PRESENTED QUESTIONS SURROUNDING THE EXISTENT CHALLENGES FOR THE SUBJECTS (FROM THE YOUTHS IN PARTICULAR) AND FOR THE FAMILIAR AFFECTIVE LINKS CAPABLE OF BEING BUILT IN THIS SOCIAL CONTEXT.

KEYWORDS: POSTMODERN, CULTURE, INDIVIDUALIZATION, YOUTHS, FAMILY MODELS

¿Qué Familia Necesitamos? Diálogo entre sujetos y sistemas íntimos

Genoveva Echeverría G.*
Claudia Liberona S.**

Estamos viviendo cambios sociales por todos reconocidos, que nos llevan a experimentar nuestra cotidianeidad con parámetros, expectativas y necesidades distintas a las de antaño. En esta sociedad posmoderna nuestras existencias se han complejizado, evidenciándose una "pluralización de los mundos de vida" –al decir de Berger– donde las decisiones sobre los proyectos vitales se hacen más difíciles y arduas. Las opciones son muchas y las construcciones de estilos y formas de vida han devenido en un derecho y un deber de todo individuo, donde cada cual debe elegir constantemente. Nos enfrentamos a una sociedad donde circula mucha información, donde los 'sistemas de expertos' –siguiendo a Giddens– nos entregan diariamente nuevos datos y referencias para tomar las mejores decisiones; los medios nos envuelven en un maremagnum de experiencias personales, informaciones científicas y consejos esotéricos, lo que convierte a cualquier certeza en algo efímero desde donde sustentar nuestras preferencias y modelos de vida. (Giddens, 1997)

* Genoveva Echeverría G. Psicóloga, Magíster (©) Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México. Académica de la Escuela de Psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: gecheverria@academia.cl

** Claudia Liberona S. Psicóloga, Terapeuta Familiar Sistémica, Instituto de Terapia Familiar de Santiago. Académica de la Escuela de Psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. e-mail: cliberona@academia.cl

Podemos verificar entonces, la existencia de una mayor centralidad en las individualidades, por sobre el predominio de lo social y lo macro. Podríamos pensar que se está dando lo que Lipovetsky llama “psicologización de lo social”, es decir una disminución de la energía en lo público y trascendental y un aumento del énfasis e interés en lo privado, las relaciones particulares, los pequeños colectivos (Lipovetsky, 2000). Estaríamos entonces, en un escenario social donde los sujetos han tomado mayor relevancia en cuanto a sus particulares y personales proyectos, estilos de vida y necesidades. Incluso, en el ámbito de las ciencias sociales, las miradas han aumentado su lupa, es decir, ha aparecido una mayor preocupación por los procesos de construcción de las subjetividades, relevando los espacios cotidianos y las vivencias íntimas como parte de los grandes temas a estudiar. (Lash, 1997)

Se abre ahora la posibilidad de un desarrollo personal mayor, alejado ya de fidelidades y amarras a referentes fijos sociales; el sujeto se vuelve sobre sí mismo, mira su espejo tratando de buscarse. Pareciera entonces que este proceso de personalización permitiría el libre despliegue de personalidad, con un mayor deseo de expresión y de expansión del yo, en este camino hacia la propia identidad. (Lipovetsky, 2000)

Sin embargo, el costo recae en un enorme esfuerzo personal: ahora todo está centrado en mí, en mis decisiones, mis opciones; sin caminos trazados, sin redes de seguridad. A esto se agrega y añade que los espacios sociales han tendido a desaparecer, y en un mundo social amplio los soportes y grupos de pertenencia no se encuentran con facilidad.

Ante la angustia, el vértigo y el desamparo propio de esta modernidad tardía, ¿qué hacer? Las miradas y demandas se dirigen hacia la única aparente posibilidad de salvación: la familia.

Este volcarse hacia la familia surge entonces, con rasgos de urgencia, de miedo; como quien arranca más centrado en escapar de unos “otros” que de ir hacia un “nosotros”. Los temores y desconfianzas nos envuelven y colorean nuestra mirada de un gris-smog que imposibilita el ver cualquier enlace; anulando la posibilidad de construir códigos comunes y de compartir imaginarios sociales que nos pudieran ligar. En suma: tendemos a volver a lo primario, más por carencia que por opción. (PNUD, 2002)

La familia –nuclear en sus distintas formas– queda así tensionada por la sumatoria de sujetos asustados que agrupa y que son al fin y al cabo quienes la componen. Los medios, el Estado, y las instituciones sociales dibujan la pesada carga que debe asumir la familia: responder a los sujetos desde una multiplicidad de roles y planos; así desde el comienzo, queda imposibilitado el logro de una tarea plena, además, de contradicciones.

Si los sujetos buscan más, si para vivir necesitamos y tendemos a partir desde cada uno, ¿cómo entender un constructo grupal como la familia?

Si además de lograr que cada uno construya su mundo, seguimos necesitando nuestros vínculos basales y afectivos (familia), ¿cómo le hacemos espacio a esta dimensión y sistema de vínculos, sin dejar de lado lo particular y diferente de cada sujeto que forma la familia?

Si los deberes y grandes valores quedan cuestionados o relegados por los pequeños intereses y particulares necesidades, ¿cómo conciliar los mundos adultos y juveniles (moderno y posmoderno) en un mismo proyecto?

Nos preguntamos, entonces, ¿qué le sucede a la familia?, ¿cómo se sitúan estos sujetos? En particular, ¿cómo miran esto los jóvenes?

La familia actual: sistema en mutación

La familia nuclear, heredera de la era industrial, con roles, necesidades, deberes y hasta metas definidas y acotadas ya no es la que encontramos en nuestro contexto actual. Los cambios macro-sociales han afectado a las instituciones socializadoras tradicionales como familia, la escuela, el trabajo y los medios de comunicación. Se abre entonces la reflexión: ¿cómo se ven afectadas las estructuras de la familia (microsistema) frente a estos cambios? ¿Cómo la familia integra y re-significa los cambios que ocurren a nivel de la sociedad (macrosistema)?

Entenderemos por familia “... *un sistema íntimo de relaciones de tipo peculiar, que se desarrolla por la vida en común...*” (Schneewind, 1995:129); este sistema se caracterizaría por tener *límite*, es decir dos o más personas comparten su vida en un espacio físico diferente al de otras personas o grupos de personas, y construyen esta vida en común basados en un cuerpo de reglas implícitas o explícitas. Así también se daría en la familia la *privacidad*, cuando hay presencia de un espacio físico delimitado, o por lo menos un instrumento de encuentro, el cual posibilita el intercambio de conductas. Otro de sus rasgos básicos sería la *permanencia*, existencia de una vida en común planificada a largo plazo que implica responsabilidades compartidas, objetivos en común y lazos afectivos. Y finalmente la *cercanía*, es decir, la concreción de la intimidad física, emocional y espiritual. (Schneewind, 1995)

A pesar de poder identificar ciertos rasgos básicos comunes, cuando nos acercamos a nuestras propias historias vemos cómo se va conformando un modelo de familia en constante cambio; lo vivimos también con las historias comunes de nuestros amigos, en la gente que vamos conociendo, y también lo va-

mos constatando al interior de nuestra consulta clínica. Diríamos simplemente que los *modelos de familia* han variado, por lo que nos encontramos frente a distintas formas de hacer familia. En esta línea, Klaus Schneewind (1995) precisa que actualmente coexisten una diversidad de modelos o tipos de familia que van: desde un matrimonio legal con hijos *hasta* un modelo de solteros convivientes, planificadamente sin hijos; desde un modelo con dos padres *hacia* una familia con un solo progenitor; desde una permanencia en el matrimonio *hasta* un modelo que incluye la separación e incluso la posibilidad cierta de volver a casarse, constituyendo las *familias ensambladas*; desde un matrimonio donde el hombre es el proveedor *hasta* un modelo andrógino donde ambos son proveedores; desde el modelo de exclusividad sexual al interior de la pareja *hasta* un modelo que permite las relaciones extramaritales; desde un modelo con dos adultos en el hogar *hasta* un modelo que permite varios adultos en el hogar, con varias generaciones en convivencia; incluso coexisten desde un modelo estrictamente heterosexual *hasta* modelos que permiten la convivencia homosexual.

Está claro entonces que las posibilidades y modalidades de existencia de este “sistema íntimo de relaciones” se han ampliado haciendo difícil, entre otras cosas, hablar de ‘la’ familia como una única situación a analizar. Chile no ha quedado fuera de los procesos y transformaciones de la sociedad y sus familias; así los cambios en las estructuras de las familias han obligado a hacer una diferenciación más exacta de los tipos de familia, incluso a nivel gubernamental. Para el Servicio Nacional de Estadísticas (INE), una familia es un “*conjunto de una o más personas que unidas o no por relación de parentesco, comparten la alimentación y el presupuesto y habitan la misma vivienda o parte de ella*”. (Gubbins, Browne y Bagnara 2003: 192).

Siguiendo esta definición, a partir del último censo del 2002, el INE distinguió 8 tipos de familias distintas: nuclear monoparental sin hijos, nuclear biparental con hijos, nuclear biparental sin hijos, nuclear monoparental con hijos, extensa monoparental, extensa biparental, compuesta y sin núcleo familiar (Gubbins, Browne y Bagnara, 2003).

De acuerdo a los resultados de los censos de 1992 y 2002, se pueden constatar algunas tendencias y cambios presentes donde aparece un aumento de familias no-tradicionales, mientras el modelo ideal de familia tiende a bajar, llegando a constituir sólo poco más de un tercio de la población.

Es importante agregar que, dentro de estos cambios que evidenciamos, podemos ver que la pareja se ha modificado también; así, de ser solamente un ente fundante de la familia, legalizado a través del vínculo del matrimonio, ha transitado hacia una instancia constituida para satisfacer necesidades de afecto, sexuales y de autorrealización. La temporalidad de la pareja también ha sufrido un fuerte movimiento, ya que hoy día la concepción de un vínculo para toda la vida se ve cuestionado en forma manifiesta a través de las crecientes cifras de separación y el aumento de la convivencia sin vínculo legal.

Cambios en las parejas, los sujetos y sus relaciones, donde tanto hombres como mujeres deben asumir roles no tradicionales; los primeros deben integrar habilidades para la crianza, y las segundas competencias para rendir exitosamente en el ámbito laboral; búsquedas que han llevado a una cierta democratización de las relaciones. (Giddens, 1992)

Los cambios sociales también se evidencian en la vida y papeles propios de los jóvenes. Así se ha producido un retraso de la edad del matrimonio, los jóvenes hoy se casan después de los 23 años, lo que implicaría que perma-

necen más tiempo en el hogar paterno. Para esto se requiere de una reestructuración de la familia, puesto que este joven adulto depende, por lo general, económicamente de sus padres; pero al mismo tiempo tiene necesidades de autonomía, satisfacción sexual, entre otras, las que debe negociar al interior de su familia. (INJUV, 2003)

Desligada ya la sexualidad de la misión reproductiva y con un poder y control que puede ser manejado ahora desde las y los jóvenes, se ha abierto la posibilidad para un desarrollo distinto de la sexualidad adolescente. Por otro lado la liberación de las costumbres sexuales, tales como aceptación de las relaciones prematrimoniales, del convivir sin casarse y de tener más de una pareja sexual durante la vida, hacen que tanto los jóvenes como sus padres tengan una sexualidad distinta. (INJUV, 2003)

La familia 'complicada'

Familia, lugar común de deseos, intensidades y demandas. Lugar que no deja de ser nada más y nada menos que un puñado de seres que portan sus subjetividades vulneradas, que no logran adherirse fácilmente a redes que provean soportes a los miedos propios de una 'sociedad de riesgo'; a la vez que los mueve el vértigo por buscar y buscarse en un escenario donde la autorreflexión es necesaria, donde querer ser más uno mismo es una obligación y un derecho. Seres cada uno y cada cual con sus propias miradas y versiones de una cotidianidad aparentemente compartida. Seres que se necesitan pero se repelen; entre una necesidad de vínculos que nos asienten y den asilo ante las aventuras posmodernas, pero que no excluyan la amplitud de necesidades que no lograrán ser satisfechas ni por el más perfecto núcleo familiar.

Se podría afirmar que en las familias se han instalado la vulnerabilidad, la fragilidad e inseguridad. Los estudios del PNUD marcan la

presencia en nuestra cultura de una subjetividad social dañada, donde predominan la desconfianza y el repliegue temeroso hacia la familia, buscando cerrar puertas hacia el otro social que aparece como amenazador y desconocido. (PNUD, 1998, 2000 y 2002)

“Los estudios muestran nitidamente las dificultades para generar codificaciones compartidas al interior de las familias. La diversidad y hasta contradicción de mundos de sentido que alberga hoy en su interior cada familia deriva en lenguajes a veces difíciles de traducir entre sí” (PNUD, 2002: 204).

Dificultad, carencia de un lenguaje que construya sentido, capaz de ayudar a identificar las amenazas percibidas en el mundo externo y, por ende, que posibilite visualizarlas de manera más clara, permitiendo así enfrentarlas. Si no se puede identificar, la amenaza se vuelve parte del mismo sistema, queda como constitutivo de la familia: el fantasma habita nuestro hogar.

De acuerdo al último informe del PNUD (2002), los chilenos tendemos a construir nuestra identidad y subjetividad desde los vínculos (familia e hijos), desde los roles familiares, es decir, nos constituimos desde este sistema íntimo, siendo éste el lugar desde donde –de acuerdo al 69% de los consultados– buscamos definir quiénes somos y qué queremos como sujetos individuales. Sin embargo, y así vamos sumamos complicaciones, este espacio es visto mayoritariamente como una “fuente de problemas y de conflictos”, siendo diagnosticado por los mismos encuestados como un “sistema en crisis”.

Vemos entonces, cómo se cruzan las altas necesidades y valoraciones de la familia como centro vital, al mismo tiempo que aparece marcada como un sistema vulnerado y débil.

Por otra parte, podemos sumar a esto el que la sociedad suele declarar –desde los medios, desde el Estado y desde sus otros poderes y actores– que ‘la familia’ es la base de la sociedad y, por tanto, debe preocuparse de los jóvenes –el ‘futuro’ de la sociedad– y debe darles todo lo necesario para su desarrollo afectivo, cognitivo y moral.

Por otra parte, la iglesia y los medios, dentro de sus muchos énfasis y denuncias, advierten con fuerza que «la familia está en crisis» y por otra parte que «los jóvenes viven una crisis moral». La ecuación es fácil: la familia está en crisis, ésta es la responsable de los jóvenes = los jóvenes se han descarriado por culpa de la familia.

Este tipo de discursos se siguen escuchando de manera continua y sin una seria reflexión sobre lo implica afirmar esto. Aparece relevante, entonces, detenernos a tratar de revisar estas situaciones, desde la particular posición y mirada de los jóvenes que, siendo personas en plena búsqueda de su individualización, están insertos en algún modelo familiar al cual aportan, tensionan y demandan.

Jóvenes: el futuro que ya llegó

Ahora nuestros jóvenes posmodernos tienen la ‘narcisística’ oportunidad de buscar ser ellos mismos, ya sin tener ante sí las grandes metas ni los proyectos tradicionales de vida (Lipovestky, 2000); también enfrentan las restricciones de una sociedad que posee fuertes cargas de conservadurismo, y que no aporta soportes ni espacios que faciliten a los jóvenes el forjar sus propias búsquedas, originadas por sus propios deseos y sentidos.

Jóvenes que transitan por una ciudad ajena y cercana, construyendo su cotidianeidad desde los sentidos que logran aprehender y sujetar a partir de los fragmentos que toman y eli-

gen en vitrinas tráfugas dentro del caleidoscopio que ofrece una cultura móvil, virtual... tejen y rediseñan sus estilos e identidades con tácticas subrepticias¹ que se instalan dentro de las lógicas dominantes en la sociedad modernizante; en un intento de darse -a ellos mismos solamente- los imaginarios esquivos que no han logrado capturar en otros espacios o reductos sociales, aquellos que en sus familias no logran construir ni convenir, aquellos códigos que otorguen el sentido y destino a sus pasos diarios. (Echeverría, 2004)

Podemos ver a nuestros jóvenes -en tanto sujetos deseantes en medio de una diversidad que no es fácil de llenar a través de una simple y clásica fórmula- intentando construir estilos vitales propios dentro del margen de posibilidades que les da una sociedad que los ha marcado como conflictivos y los ve todavía como una "promesa para el futuro", un sujeto que todavía no debe actualizarse, sino más bien ir acumulando para -más tarde- hacerse cargo de la herencia de los adultos de hoy.

¿Cómo enfrentan los jóvenes estos desafíos, si estamos en medio de subjetividades sociales dañadas que no logran tejer encuentros?

Maffesoli (1993) ha señalado que se está dando un cambio en lo social, con la emergencia de nuevas grupalidades donde la búsqueda afectiva es el principal motor aunador, comunidades emocionales donde lo próximo y cotidiano es lo principal, relaciones intensivas y flexibles. En esta línea de asociatividad

se encuentran las llamadas tribus juveniles, como grupalidades donde existe un énfasis en el rol que cada persona está llamada a desempeñar en su seno. En las tribus los sujetos pueden moverse entre una y otra; siendo grupos que no necesitan tener un proyecto político ni ninguna finalidad específica, y con una clara preocupación por el presente vivido colectivamente. Así, las tribus pueden tener un objetivo, pero no es eso lo esencial, lo importante es la energía gastada en la constitución en cuanto tal.

Zarzuri y Ganter (2002) indican que los jóvenes sitúan a sus tribus como "familias", ya que en éstas se sentirían aceptados, protegidos y cercanos. Serían familias sin diferencias de roles ni jerarquías y centradas en una vivencia presente. En esta línea pareciera que muchos jóvenes se adhieren a estas tribus como forma de tener una red social de soporte afectivo y de sentido vital, donde además del sentimiento de resguardo, logran construir y compartir un lenguaje común.

Sin embargo, es posible señalar que estas nuevas experiencias y espacios de culturas juveniles no disminuyen el valor e importancia que los jóvenes siguen asignando a sus familias. En esta línea, tanto a través de investigaciones² como del mismo trabajo clínico es posible constatar que las y los jóvenes siguen indicando y sintiendo a sus familias como núcleos muy importantes para ellos, tanto en el presente -en relación a sus necesidades hacia sus grupos familiares de origen- como al considerar entre sus proyectos futuros el querer formar una familia propia.

¹ Siguiendo a De Certeau en su conceptualización de las tácticas como "...un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder manejarlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias" (1996: L).

² Podemos mencionar las entrevistas realizadas a jóvenes como parte de la investigación *Jóvenes y nuevas formas de sociabilidad en los espacios públicos*, realizada durante el 2002 por el Núcleo de Culturas Juveniles Urbanas de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, del que ambas autoras formamos parte.

Situaciones de familia: los esquivos sentidos compartidos

Es en ese sentido que se abre la pregunta: ¿Cómo afectan los cambios macro y micro sociales a los actores implicados: padres, madres, hijos e hijas adolescentes en la convivencia familiar? ¿Qué ocurre en la interacción? ¿Qué le ocurre, por ejemplo, a una mamá cuando se enfrenta a la vida sexual activa de una hija de 18 años? ¿Qué les ocurre a los hijos cuando ven a su padre 'pololeando'? ¿Qué siente un padre cuando su hijo se declara homosexual? ¿Cómo enfrenta una familia católica los cambios de las relaciones y de la sexualidad? ¿Cómo se enfrenta una mujer, que se casó con la idea de que era para toda la vida, a su separación, a la vida laboral, a la toma de decisiones? Pensamos que la mirada en lo particular y privado de la consulta clínica permite *auscultar* en lo más íntimo de las vidas de chilenos y chilenas.

Jimena, una joven exitosa y atractiva de 24 años, llega a consultar por un estado depresivo. Jimena pertenecía a una familia biparental tradicional, de la clase media alta, que profesaba un fuerte compromiso de fe católica, en la cual el matrimonio y la virginidad cumplían un rol fundamental. La paciente, quien era muy unida a su familia, había tenido un pololeo largo y durante éste mantuvo relaciones sexuales. Por diversos motivos, la relación no fructificó en un noviazgo y al momento de consultar ella se mantenía sin vínculo estable. Al profundizar sobre la significación que la virginidad perdida tenía en su vida, la paciente argumenta: "*lo perdí todo, ya no tengo nada*". Jimena sentía un profundo dolor que puede ser descifrado como una incongruencia entre conducta y creencia, provocada por dos mandatos distintos: el primero el de los pares *-no tradicional-*, de la legitimidad de vivir experiencias prematrimoniales, y el segundo el de sus padres *-tradicional-*, que hablaba de mantener la virginidad hasta el matrimonio y

que, sobre todo, valoraba la instancia social del matrimonio por la Iglesia. Con ella fue necesario trabajar en torno a la *resignificación* del mundo de la experiencia, con el objeto de establecer un puente entre sus propias creencias y actos y los de sus padres. Se co-construyó un relato, consensuado, de lo propio adquirido en parte en el mundo extra-familiar y en otra parte adquirido en el seno de la familia. Se trabajó así, a nivel de significados de las propias conductas y de la congruencia de éstas con sus creencias, hasta generar un relato que le permitiera reestablecer la congruencia entre el *mundo interno* y el *externo*.

Otro caso que nos muestra las divergencias de lenguajes y sentidos entre jóvenes y su familia, es el de un sistema monoparental con padre ausente, conformado por una madre y su hijo de 16 años. La familia busca ayuda después del fracaso escolar del joven, quien repitió uno de los cursos de enseñanza media. La madre era una mujer que casi sin ayuda había educado a su hijo, a base de trabajo y esfuerzo. El hijo se declaraba hip-hopero -lo cual saltaba a la vista- y crítico de la sociedad. Esta madre tenía la concepción que en la vida había que esforzarse mucho para salir adelante. A su hijo, en contraste, lo percibía como *flojo* y demasiado 'gozador de la vida' y del 'carrete'. Por otro lado el hijo percibía a su madre como rígida, prejuiciosa, pesimista y bastante aburrida. Planteaba que él no quería tener una vida plana y sufrida como la de ella. En la construcción de mundo de la madre, los hip-hoperos eran chicos vagos que no podían concretar un proyecto de vida basado en el estudio y en hacer una carrera. A esta madre también le era difícil aceptar la otredad del hijo, el cual no planteaba la vagancia como proyecto de vida, solamente se planteaba una forma distinta de hacer las cosas. Se tuvo que mostrar las *diferencias culturales* existentes en esta familia, se mostró que ambos pertenecían a grupos *distintos pero no antagónicos*, que en la sociedad actual es posible *elegir* una bio-

grafía, como la de ella o la de él, ambos con la posibilidad de éxito.

Resignificación de la familia: ¿qué vínculos queremos?

Y entre este ir y venir de un mundo a otro, nos vamos situando en distintas circunstancias que nos exigen ser de una manera y luego de otra, teniendo que remover lo aprendido rápidamente, para adaptarnos a un entorno escudridizo y quisquilloso. La reflexividad, entendida como el estar constante y recursivamente volviendo sobre nosotros mismos a replantearnos cada acto y opción, va generando un movimiento interno en donde fácilmente podemos perder el eje o centro que posibilita mantener una sensación de guía y estabilidad internas. (Giddens, 1997)

En medio de esta sociedad de riesgo, con decisiones apremiantes al momento, con mil y una alternativas y deseos circulando, deambulamos en medio de fragmentos de espacios y tiempos que nos tensionan y mueven en una diversidad de posibilidades y mundos que se intersectan; vértigo, emoción y fugacidad son rasgos de esta era que tanto nos atrae y fascina, como nos marea y abruma (Giddens, 1997; Llyotard, 2000).

Tenemos, entonces, sujetos que difícilmente logran aprehender sentidos que los arraiguen a sí mismos y a sus mundos colectivos.

Y en este escenario, la familia termina constituyéndose como una entelequia buscada para dar respuesta a demasiadas necesidades y angustias. La familia no es ni un ser mayor ni un poder que nos exceda -por más que el sistema sea más que la suma de sus partes-; somos todos y cada uno los que la formamos y la posibilitamos o no como un espacio de intimidad y de encuentro.

Si concordamos entonces que la realidad es un resultado del consenso entre los actores, si aceptamos que coexisten un sinnúmero de realidades al interior de la sociedad, y que la familia en los últimos cincuenta años ha debido adaptarse a este multiverso de realidades, se abren nuevas preguntas: ¿Qué hace que la familia siga siendo un lugar añorado por un alto número de chilenos? ¿Por qué se sigue buscando en este sistema la "seguridad" y el eje que pareciera ser necesario en medio de las vicisitudes propias de la modernidad tardía?

Tenemos un diagnóstico y queja que recae sobre la familia signándola como un sistema en crisis; en medio de un consenso social más o menos explícito que *carga* a las familias con pesadas tareas. Hemos visto, sin embargo, que la complejidad de los mundos de vida actuales y de las búsquedas individuales imposibilitan el que un solo espacio, sistema o relación pueda responder a la multiplicidad de necesidades y equilibrios cambiantes, que deben repartirse en esta misma complejidad de sujetos que circulan y buscan.

Pero, volviendo a las familias y sus posibilidades, no es menor el que las imágenes de familia más presentes en nuestra sociedad tiendan a lo estático, lo normativo, encontrando que un 43% de los encuestados por el PNUD (2002) se adscribía a una "imagen normativa" y un 26% a una "imagen abnegada", modelos ambos donde domina la rigidez y rechazo al cambio, el miedo al afuera y donde el espacio familiar es vivido como lugar para refugiarse, por sobre un lugar de encuentro.

Así, la plasticidad y apertura requeridas para poder movernos en los diversos escenarios posmodernos y dentro de un sistema familiar poblado por lenguajes, necesidades y sentidos tan disímiles, no parecieran estar muy desarrolladas en nuestra cultura. Si partimos de la premisa que la realidad se construye en el lenguaje, que esta construcción tiene que ver tan-

to con la experiencia de quienes la construyen y también en cómo esta experiencia es percibida y punteada, nos situamos necesariamente entonces frente a un fenómeno social, que dice relación con un trabajo destinado a la co-construcción de realidad, que permita a los implicados integrar y consensuar nuevas formas del ser y el hacer. (Maturana y Varela, 2002)

Según Mead (1971) los jóvenes encabezan el cambio cultural que involucraría el paso de una sociedad a otra; siendo el desafío el aprender de ellos –de sus intuiciones y saberes alternativos- para poder manejarnos en este nuevo contexto. Por tanto, el que nuestra sociedad no permita ni abra espacios para esta construcción y aprendizaje conjuntos conduce a una mayor ruptura generacional (en Zarzuri y Ganter, 2002).

En esta línea, y dado nuestro interés por la mirada juvenil, creemos que aprender de las generaciones nuevas nos puede mostrar un potencial que nos posibilite el reaprender cómo acercarnos y vivirnos un mundo tan complejo en el cual la mayoría de los adultos nos sentimos torpes y muchas veces confundidos. Así mismo, la flexibilidad de los jóvenes para encontrar alternativas y ‘tácticas subrepticias’ nos puede ayudar a tejer creativamente una vía que comunique los distintos sentidos que construyen cada uno de sus integrantes.

Existe una necesidad de encontrarnos con otros que nos provean redes de seguridad, espacios de afirmación nutricia, en la línea de un ‘domicilio’ –en la conceptualización de Giannini- donde volver luego de la batalla, a reponer fuerzas, curar heridas, alimentarnos y tal vez para compartir alguna batalla con otro al lado.

En este sentido, podemos pensar en este “sistema íntimo de relaciones” como el ‘domicilio’, el hogar que este filósofo chileno describe como necesario para nuestra vida coti-

diana «...y ya sea desde la guarida o desde la madriguera o el nido materno, la tela o la concha -primera dimensión de mundos tan diversos e incommensurables- cada individuo empieza a rehacer la historia de su especie, a construir su mundo, a levantarlo, a tejerlo, a atisbar sus horizontes y crear, dentro de ellos, los surcos circulares de su biografía cotidiana». (Giannini, 1995: 24)

Domicilio y familia, entonces, más que una guarida para guarecerse, como una búsqueda de una experiencia en que converjan las temporalidades disgregadas de nuestras existencias en pro de una experiencia común: un tiempo realmente común (Giannini, 1995).

Finalmente, podemos señalar que no se puede posibilitar una *reparación* de las familias sin intentar también apostar por una reconstrucción de la subjetividad social vulnerada propia de nuestra cultura chilena, donde nos arriesguemos a confiar más y arrancar menos de unos *otros* que ni tan distintos ni lejanos, y que son al fin y al cabo sólo personas con penas, temores y esperanzas, como todos.

Referencias Bibliográficas

De Certeau, Michel (1996) **La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer**. Ed. Universidad Iberoamericana. México D.F.

Echeverría, Genoveva (2004) **Jóvenes y nuevos ritos sociales: construcciones dentro/fuera de la ciudad del consumo**. En Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (ed.) *Culturas Juveniles: tácticas de la cotidianidad y transgresiones urbanas*. Editada por Centro de Estudios Socioculturales (CESC) (en prensa).

Giannini, Humberto (1995) **La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia**. Ed. Universitaria, Santiago de Chile.

Giddens, Anthony (1997) **Modernidad e Identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea**. Ed. Península, Barcelona.

Giddens, Anthony (1992). **Las transformaciones de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas**. Ediciones Cátedra. Madrid.

Gubbins, V., Browne, F. y Bagnara, A. (2003) **Familia: innovaciones y desafíos. Las familias chilenas en la década 1992-2002**. En Tironi, Eugenio (ed). *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censo 1992 a 2002*. Publicaciones del Bicentenario. Santiago de Chile.

Instituto Nacional de la Juventud Chile (INJUV) (2003). **Resultados de la Cuarta Encuesta Nacional de la Juventud** [en línea]. Disponible en Internet en: www.injuv.gob.cl

Lash, Scott (1997). **Sociología del posmodernismo**. Amorrortu. Buenos Aires.

Lipovetsky, Gilles (2000). **La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo**. Editorial Anagrama. Barcelona.

Maffesoli, Michel (1993) **El tiempo de las tribus**. Ed. Icaria. Barcelona.

Maturana, Humberto y Varela, Francisco (2002). **El árbol del conocimiento**. Ed. Universitaria. Santiago de Chile.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1998) **Informe: Desarrollo humano en Chile 1998: Las paradojas de la modernización**. PNUD, Santiago de Chile.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2000) **Informe: Desarrollo humano en Chile 2000: Más sociedad para gobernar**. PNUD, Santiago de Chile.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2002) **Informe: Desarrollo humano en Chile 2002: Nosotros los chilenos, un desafío cultural**. PNUD, Santiago de Chile.

Schneewind, Klauss (1995). **Famili엔entwicklung**. En Oerter, Rolf y Montada, Leo. *Entwicklungspsychologie. Psychologie Verlags Union, Weinheim. Deutschland*.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2002) **Culturas Juveniles, Narrativas Minoritarias y Estéticas del Descontento**. Ediciones UCSH. Santiago de Chile.